

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LA JUVENTUD Y SUS COSAS (y III)

Sentido de una revuelta

SUPONGO que alguien habrá hecho ya un catálogo pormenorizado de las modalidades de «revueltas» juvenil esbozadas en los últimos diez o quince años. Valdría la pena de tenerle presente, ahora. La reseña y su análisis resultarían muy interesantes: tanto como útiles. Nos ayudarían a ver claro en la densa y heterogénea serie de erupciones que se han sucedido o acumulado en tan breve tiempo. La fecha tope, sin duda, habría que situarla entre el 1955 y el 1960, y por capricho. Poco más, poco menos, fue entonces cuando aparecieron los primeros síntomas de «malestar», todavía borrosos e inconcretos, pero llamativos. Lo que se ha producido después, de signo indiscutible, permite reconocer el verdadero carácter, latente, de aquellos episodios iniciales. Quizá, de entrada, la cosa ofreciera un cariz equivocado. Los «gamberros» de la época, por ejemplo, que en cada área folklórica tomaban nombre y ejercicio privativos, ¿no podían ser un simple, sucio residuo de la postguerra, del desbarajuste pasado, del desarraigo moral que se heredaba? ¿No había sido eso, en realidad, el hirsuto y malvestido «existencialismo» que acuñó y difundió el París de Sartre? Tal vez sí. Pero no del todo. Más tarde, empezaron a menudear las «fechorías» de otro estilo. Y de nada valía achacarlo a epidemias de «delincuencia» o de «actos vandálicos». En la perspectiva de hoy, todo aquello adquiere un sentido exacto, coherente y convicto.

No cometeremos la imprudencia de olvidar que «siempre» hubo —y en todas partes— jaleos de esta especie, o parecidos. Incluso cabe admitir que existe algo que, para entendernos, podríamos llamar «la tradición subversiva de los jóvenes». Agreguemos, también, que desde principios del siglo XX las intervenciones tumultuosas de la juventud, en la vida pública, han ido creciendo en importancia. Sin embargo, el caso actual supera cualquier antecedente. Y, además, ya no se trata sólo de disturbios. La «revuelta» adopta formas inesperadas, y hasta hay ocasiones en que es auténtica revuelta cuando ni siquiera tiene intención de serlo. Todo se combina en la racha: la moda superficial y las militancias más rigurosas, la música y el erotismo, la violencia y la droga, la mística y la estrategia, la esperanza de construir una sociedad nueva y la indiferencia absoluta, la agresividad y el pacifismo, doctrinas y suicidios... Se me objetará que, meter en el mismo saco al hippy y al neo-nazi, al estudiante consciente y al mequetrefe de «dolce vita», a los últimos teddy-boys y a los auditorios de «folk», es un abuso de confianza. Pero no hay otro remedio. Por muy distintas, por antagónicas que sean —y ciertamente lo son— sus actitudes, se hallan unidos en un agobio común. La operación es genérica: discrepan en la manera de formular y encarnar su repulsa. Hay que partir de eso, si de veras se desea comprender el conjunto.

Cada movimiento, cada sector, cada grupo, tiene sus motivaciones específicas. Es de lo que primero nos hablan, unos y otros. Los jóvenes descubren «su» problema, y con él se lanzan al ataque. Y ese mismo ataque constituye la respuesta que pretenden dar a la sociedad de sus padres: en ella viven convicción, odio, ansiedad, desidia o alegría, según «pueden». Quizá no sea justo decir «ataque». Pongamos «negativa»: repulsa, acabo de escribir. Porque, si unos ata-

can, otros se limitan a escapar: a huir. Esquivan el choque abierto, abandonan las «convenciones sociales», y se refugian en el vagabundaje, en la emulsión sexual, en los tóxicos, en la soñolencia, en la dejadez. La huida conserva una pequeña fuerza de insulto o de embestida. Al fin y al cabo, es todavía un modo de luchar contra los tabús establecidos: al zafarse de ellos, los pisotean. Pero, en definitiva, huyen. Y a enemigo que huye, puente de plata: los hippies y sus afines no suelen ser peligrosos, y la «sociedad» les deja tranquilos mientras no creen molestias en la calle. El hippy sólo es un «drama» para su propia familia, que ve con contrariedad la frustración del muchacho o la muchacha. Y a la larga, ni eso. Los hippies son casi como una secta religiosa, como una corporación de anacoretas indolentes, y es posible que acaben por ser «aceptados» como tales. Tal vez serán los monjes del futuro, contemplativos y marginales...

Los que atacan a pecho descubierto, o de soslayo, se las arreglan con mayores dificultades. Sus padres no están dispuestos a tolerarles el arrebatado, por poco que éste rebasa las fronteras de la literatura oral o escrita. Contra ellos se monta y aguja el dispositivo de represión, que, habitualmente, es bastante duro. Con una dureza calculada, claro. En última instancia, los chicos son sus chicos, y no conviene apretar demasiado la tuerca. Por otra parte, los papás tampoco están muy seguros de que sus hijos no tengan razón. No llegan a adivinar lo que ocurre, y se ven incapaces de entender los argumentos y las palabras que flotan en el aire. Pero intuyen que no se trata de una broma ni de una tozudería. Ellos se han entregado de cuerpo y alma a los mitos y a las bondades del «consumo», de la «opulencia», del «ocio». Recuerdan que «no siempre ha sido como ahora» y creen que, en adelante, «sólo se cambiará para mejorar». De todos modos, por un resquicio u otro, se les filtra más de una duda. Porque nunca se sabe, claro: quizás el mañana no sea tan risueño como se promete. Y sus hijos... Los hijos, nacidos y crecidos en este clima, ya afirman que no lo será. Muchos de ellos «quieren» que no lo sea, y eso saca de quicio a los padres. De ahí, más que nada, la respuesta represiva.

Las estadísticas revelan que el malestar juvenil es, ante todo y sobre todo, un malestar de «clases medias». De ellas proceden los universitarios rebeldes, los «hippies», los neonazis, los delincuentes más gratuitos, los cantantes de protesta, los poetas indignados, los locos de la carretera, y la fauna menor, de meros usuarios de vestimentas, espectáculos y bailes abigarrados. Ni la «clase alta» ni la «clase baja» participan en el desarrollo del acontecimiento: por lo menos, no participan en la misma medida, proporciones salvadas. Y no importa que, con frecuencia, los muchachos «rompan» con su hogar, ni que hagan votos laicos de pobreza: no por ello se convierten en «proletarios», naturalmente. A veces —algunos— dan la impresión de «desclasarse». Pero el «declásese» no es un individuo sin clase, sino sólo el individuo que se enfrenta a su clase, y, dentro de ella, la reniega o la discute. Bien mirado la procedencia clasista tiene mucho de «pecado original», difícil de borrar. Esto es particularmente visible entre los oriundos de las clases medias, siempre tentados a «adherirse» a las otras cla-

ses, de arriba o de abajo: no pasan de la adhesión, es decir, de sumarse a ellas «desde fuera». Lo cual no significa, por descontento, que tales adhesiones no sean sinceras ni eficaces. En todo caso, lo que ahora está ocurriendo es una contorsión intestinal —casi intestinal— de la mesocracia. No cabe controversia sobre el hecho.

Se podría alegar como objeción, quizás, otro hecho, de apariencia distinta: en algunos países de democracia popular también se ha desatado la marea juvenil. Por principio, pues, en el área socialista, habría que destacar la doble explicación del «comunismo» y de la «clase media», teóricamente incompatible el uno y abolida la otra. Sin embargo... No me atrevo a opinar acerca de lo del consumo, pero sí me parece evidente que por allá todavía no se ha llegado a «abolir» la clase media. Hoy por hoy, cuando se tramita un proceso socializador, la clase media tarda más en desaparecer que la burguesía. Unas ciertas mediaciones pequeño-burguesas son necesarias, de momento. Y tampoco sería desacertado incluir en ellas al tecnócrata, y hasta al burócrata. Sea así o no, resulta claro que la antigua clase media, la clase media pre-revolucionaria, todavía no ha tenido tiempo de diluirse. Habrá perdido su «posición», pero conserva sus «tics» mentales y sus añoranzas: lo que oficialmente se desdena con el nombre de «prejuicios». Los chicos los heredan, los han heredado, y un día u otro habían de manifestarse de manera ofensiva. El «malestar» no viene suscitado por el difamado panorama «alienador» del consumo, sin duda. Es otra su causa. ¿Cuál? No es fácil precisarla a distancia. Pero todo induce a suponer que se trata del viejo «miedo» de clase. En Praga y en otras partes, este factor ha pesado lo suyo. Disimularlo o subestimarle no sería razonable.

Desde luego, tampoco es «toda» la juventud mesocrática lo que anda alterado en Occidente. En su mayoría, los hijos siguen las huellas de los padres: se someten. O, como está de moda decirlo, «se integran». Desde el televisor al tebeo, desde la escuela al cine, todo se confabula para reducirlos al conformismo más ramplón. Habrá rencillas en casa, se ampliarán las apacibles «libertades» de costumbres, discutirán el atuendo o el peinado: bagatelas. Lo «estamos viendo». Una frondosa industria y un comercio no menos lozano viven a costas de la demanda «protestataria» de los muchachos: sastrería, dijes, «pósters», discos, quincalla, bebidas lúgubres, revistas, estimulantes, triquiñuelas «sexy»... Es su «consumo». Y ya se sabe: los chicos estudiarán, harán oposiciones, se casarán como Dios manda. Tal vez los otros, los recalitrantes y tenaces, también acaben así. No se puede ser «adolescente» toda la vida. Bien mirado, un «hippy» de más de veinticinco años, ya no es un «hippy»: es un «clochard». Y los demás... En definitiva, lo que unos y otros hagan a la larga no era mi tema. Estas notas sólo aspiraban a subrayar unas facetas del «problema de la juventud», que no siempre son apreciadas en su debida importancia. Los cabos sueltos, en el curso de mis apuntes, son muchos, y yo lo sé mejor que nadie. Pero creo que se podrían ligar sin gran dificultad.

Joan FUSTER

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

LOCALISMO Y UNIVERSALISMO

EN este país tan estrictamente localista —y supongo que el mayor o menor localismo coincide geopolíticamente con la mayor o menor industrialización— se da el curioso fenómeno de que lo local, vocablo y concepto, son considerados con un cierto deje despectivo.

Como ocurre en las sociedades culturalmente poco lubricadas, de lo que se trata aquí es, en el fondo, de la sempiterna diferencia entre la realidad y las palabras. La retórica, como suprema panacea: aplicar a la realidad pragmática, problemática, una definición previa y general. Algo así como muchos viejos montajes filosóficos y doctrinales, que cuadraban el mundo a su imagen en lugar de formularse ellos a la imagen del mundo. Don Francisco Romero-Robledo, ilustre figurón político finisecular, se negaba a aceptar el descalabro de la guerra de Cuba y vociferaba en el Congreso madrileño que «La victoria se decreta». Don Francisco creía en el Boletín Oficial del Estado por encima de todo.

A los que por causas diversas nos ocupamos del tema catalán, ese asunto del localismo se nos echa encima con increíble persistencia. Cuando en estos últimos meses he insistido, a través de mis artículos, en política francesa o en la sociedad de consumo, a nadie se le ocurrió tacharme de localista. Ha sido al dedicar varios comentarios a cuestiones catalanas cuando algunos lectores han tenido la amabilidad de escribirme endosándome el sambenito: «... porque es incomprensible que se cierre usted en pequeños localismos...», etcétera.

Yo, claro está, no me encierro en ninguna especie de localismo: yo pertenezco a un área geográfica, histórica y cultural. Esto es todo. Si este espacio ofrece problemas propios, estos son mis problemas. Si presenta concomitancias y conexiones con otras áreas de cualquier latitud, éstas son también mis relaciones con otros pueblos terrestres. Cataluña, España, Europa, esos tres mundos, que diría Ferrater Mora, son una serie de unidades a la par autóctonas y enlazadas por la realidad de su constitución. Es indiferente la cantidad de retórica que se vierta encima. Cualquier mente medianamente aguda podrá captar las grandes líneas diferenciales o los más evidentes lazos de unión que puede haber —y me cito a ejemplos literarios para simplificar las cosas— entre don Miguel de Unamuno, mossén Jaume Verdagué, mister James Joyce y el signore Luigi Pirandello.

Adrede, naturalmente, he escogido los nombres de cuatro furibundos localistas... que por lo mismo alcanzaron el universalismo. ¿Se entiende el iberismo energuménico de Unamuno en París y escribiendo el francés? ¿Y es comprensible la expresiva frondosidad poética y lingüística de Verdagué en Alemania? ¿Puede separarse a Joyce de Dublín? ¿No sería otro Pirandello si su material humano hubieran sido los holandeses en lugar de los italianos?

El arte, la literatura, la política, la historia, el folklore son necesariamente localistas: nacen y se moldean de acuerdo con las exigencias de un conjunto social determinado. Son otras cosas las que, por naturaleza, son universalistas: las matemáticas o la ciencia, pongo por caso, cuyo tecnicismo discurre al margen de las manifestaciones estrictamente locales. Von Braun puede trabajar en un laboratorio de los Estados Unidos sin la menor necesidad de retornar a Alemania; Gunter Grass, en cambio, necesita residir en Alemania para escribir sus novelas. Y el nacionalismo, que para los nazis fue un arma de agresión, para los argelinos o los checoslovacos —en su batallar contra el imperialismo francés y el comunismo moscovita— es la única vía de autoafirmación.

Es sintomático, a la vez, que países auténticamente internacionalistas, como Suiza o Suecia, no consiguen crear, salvo contadas excepciones, grandes pintores y, en el presente, grandes escritores. Italia, país mucho más atrasado hasta ayer mismo, los ha producido en su mayor cantidad. La técnica convierte en universal a Suiza. Goya o Picasso universalizan la pintura española.

Por otra parte, es evidente que el localismo puede ser nocivo y de una miopía escandalosa. Felipe II fue localista al cerrar España del extranjero en pleno auge renacentista y reformador: el Imperio español comenzó a entrar entonces en la vía restrictiva. Y el catalán que ve en los versos de Maragall «La sardana és la dansa més bella / de totes les danses que es fan i es desfan», algo más que una forma personal del poeta para cantar su entusiasmo sardanístico y lo cree artículo de fe, cae igualmente en un flaco localismo.

Y todo ello no por sobrevalorar lo propio —Unamuno, Verdagué, Joyce, Pirandello, sobrevaloraron su material local por cuanto trabajaron exclusivamente sobre él—, sino por ser ello lo único que valoran. Del mismo modo que el universalista a ultranza llega un momento que deja de ser quien es para adherirse a reglas y modelos incolores y desangrados. En cambio, una industria automovilística o unos laboratorios farmacéuticos serán tanto más eficaces cuanto menos de ámbito local sean: resultaría absurdamente nefasto que en Ohio y en Milán tuvieran maneras radicalmente distintas de construir un motor de explosión o que en Ginebra y en Moscú creyeran que la penicilina debe ser elaborada con materias diametralmente opuestas. Cuando el cerrado localismo de Faulkner, Baroja o Pla ha sido precisamente, el fructífero cañamazo que ha ocasionado lo mejor de su obra.

Cuestión diferente es la oportunidad o la posibilidad de proyección y de interrelación local-universal y viceversa. Un escritor catalán tendrá menos oportunidades que un castellano y éste que un francés para ser traducido al inglés o al ruso: la situación y el peso del país en el concierto universal serán los que determinarán la expansión de aquel autor, cuya base será, insisto, su calidad y sus características, nacidas del complejo local en el que se habrá nutrido —excepciones aparte, huelga decirlo—. Como es muy probable que de ser Casas y Nonell pintores franceses, sería hoy infinitamente más alta su cotización. En definitiva: no por ser Corín Tellado el autor peninsular más traducido a todas las lenguas supera literariamente a Valle-Inclán o a Salvador Espriu, escasamente traducidos y enconadamente localistas, infinitamente menos conocidos, pero de valor y solidez más netamente universales.

Baltasar PORCEL

PREUNIVERSITARIO

70 % APROBADOS TOTALES EN LA CONVOCATORIA DE JUNIO

SECCIONES MAÑANA, TARDE Y NOCHE

ACADEMIA FEBRER

FUNDADA EN 1917

CENTRO RECONOCIDO SUPERIOR

GUILLERMO TELL, 49 — TEL. 217-04-13

BACHILLERATO

SESIONES DIURNA Y NOCTURNA

INGENIEROS

TECNICOS

HORARIO COMPATIBLE CON EL TRABAJO

FABRICA DE JOYERIA Y PLATERIA

ORIOLO

PASEO DE GRACIA, 7 pral.